



Beatriz Osa

OLOR A MUERTE EN PIOZ

«Cuatro cuerpos en bolsas de basura. Un crimen sin explicación. Y un asesino huido al otro lado del Atlántico. Esta es la crónica de una matanza contada en directo y de su investigación.»

sinficción

OLOR A MUERTE EN PIOZ

- BEATRIZ OSA -

Colección dirigida y coordinada por
Marta Robles

BEATRIZ OSA

Beatriz Osa (Madrid, 1979) es periodista. Tras pasar por la Cadena SER, la revista Zero y Telecinco, desde el 2006 está en La Sexta, donde ha trabajado en Informativos y en el programa *Más vale tarde*. Actualmente edita *Expediente Marlasca*, siguiendo toda la información de sucesos, con un interés especial en dos secciones: «Caso Cerrado» y «Tras la pista», por la que fue premiada en el 2016 por la Fundación QSD.

Todos llevamos dentro un investigador. No hay nadie que no desee resolver los enigmas que la vida le plantea y que no observe el mal que le circunda con cierta curiosidad. El mal nos perturba, sí, pero necesitamos saber de él, entenderlo, descubrir qué lo provoca y, en definitiva, saber si es solo cosa de otros o si también podría ser cosa nuestra.

La novela policíaca, y más aún la negra, desmenuzan el mal y a sus protagonistas, con supuestos inventados por los que pululan personajes ficticios. Ofrecen historias de mentira que, casi siempre, tienen su origen en casos reales.

En la colección que dirijo y prologo, la realidad, más atrevida que cualquier fantasía, más imprevisible y sorprendente, demuestra su preeminencia al lector y le ofrece la posibilidad de enfrentarse a ella cara a cara. Algo que sería imposible sin la sagaz pluma de expertos en el más verdadero noir, capaces de relatar con aterradora meticulosidad y a ritmo de novela, pero sin una gota de ficción, los episodios más oscuros y sobrecogedores de la crónica negra.

Pasen, lean y desenmascaren a los malvados. Pero procuren no equivocarse al sacar sus conclusiones porque, como decía Jacinto Benavente, «lo peor que hacen los malos es obligarnos a dudar de los buenos».

Marta Robles
Directora de la colección

OLOR A MUERTE EN PIOZ



Primera edición: febrero del 2020

Para Josep Forment, siempre con nosotros

© Beatriz Osa, 2020

© de la presente edición, 2020, Editorial Alrevés, S.L.

Directora de la colección: Marta Robles

Diseño de la colección: Ernest Mateu

sinficción

Editorial Alrevés, S.L.

Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a - 08034 Barcelona

www.alreveseditorial.com

Impresión:

QPprint

ISBN: 978-84-17847-28-9

Código IBIC: BTC

Producción del ebook: booqlab.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO

(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

A Marcos, Janaína, María Carolina y David

- - -

¿Cómo determinamos que una persona tiene una intención específica —de matar—? No podemos abrirle la cabeza y mirar dentro. No podemos hacerle una fotografía del cerebro en ese preciso momento.

ALEXANDRIA MARZANO-LESNEVICH,
Nada más real que un cuerpo

- - -

- PRÓLOGO -

ESPECIALMENTE MALVADOS

El caso que van ustedes a leer a continuación es uno de los más aterradores de nuestra historia reciente. Prepárense a sufrir con la crónica negra del espantoso asesinato perpetrado por Patrick Nogueira, un tipo con hielo en las venas, que asesinó a sus tíos y primos en un chalé de Pioz (Guadalajara) y, tras desmembrarlos, introdujo sus cadáveres en unas bolsas de basura que precintó con cinta americana mientras, foto a foto y mensaje a mensaje, se lo contaba todo a un amigo, en directo, a través de WhatsApp. ¿Qué fue lo que lo impulsó a matar? Beatriz Osa desmenuza en este libro, con impactante maestría, el comportamiento de este psicópata asesino, el quinto condenado en España a prisión permanente revisable, antes, durante y después de los hechos. Y digo psicópata y no enfermo mental, como trató de argumentar la defensa durante el juicio, porque la diferencia entre una cosa y otra determina el comportamiento consciente o inconsciente. No hay más que recordar alguna de las frases del tristemente célebre Albert Fish, *el vampiro de Brooklyn*, uno de los más famosos asesinos en serie norteamericanos de todos los tiempos («No soy un demente, solo soy un excéntrico»), para saber que los psicópatas no son locos, sino seres humanos especialmente malvados. El trabajo de Osa, extraordinario en la minuciosidad, la documentación, la investigación y la exposición, se refuerza con su tan singular como sorprendente capacidad narrativa y con su cuidada e impactante prosa. El relato, repleto de impagables referencias históricas, literarias y cinematográficas,

cas, revela a una escritora lúcida, madura y llena de recursos que nadie sospecharía que firma su primera obra. Beatriz Osa es un auténtico hallazgo para esta colección, que nos deparará, con toda seguridad, impagables sorpresas en los próximos años, dentro y fuera de ella. No pierdan de vista su nombre. Aunque sé que no lo harán tras leer el desarrollo de este espeluznante suceso, tan bien contado que es imposible abandonarlo desde su primera página.

MARTA ROBLES

- - -

ANTES DE...

Imagine que un día un familiar no le recoge a la hora acordada y que esa noche, y al menos las tres siguientes, no dormirá a la intemperie, pero sí tendrá que hacerlo en otra casa, lejos de los suyos. Imagine que, por un momento, en esa lejanía rumia su soledad hasta observarla desde la negritud del abandonado. Y ahora, imagine algo más: que decide que esa sensación no puede quedar así, que nadie lo puede tratar de esa manera, que alguien deberá pagar por ello. Y, una vez llegado a ese punto, imagine que toma una decisión. Una descabellada. ¿Sería capaz de matar a alguien porque no lo acoge en su casa? Esa fue una de las muchas preguntas que se planteó ante el jurado que juzgó a Patrick Nogueira.

- - -

- CAPÍTULO 1 -

SAUCES, 594

El olor a muerte es imborrable y caprichoso. No el de las primeras horas, cuando el latido y la respiración acaban de extinguirse, sino el que lo embarga todo a medida que avanza la descomposición. Para el olfato experto es inconfundible. Basta con que una brisa de azufre roce la memoria para que el resto de los sentidos se pongan también en alerta al reconocerlo. Intenso, penetrante, dulce y fétido a la vez. Quien lo ha olido sabe que volverá a olerlo, aunque nada a su alrededor se esté pudriendo y sin que la combinación de putrescina y cadaverina flote siquiera en el aire. Es una huella química única que, en cambio, el olfato profano tardaría días o incluso semanas en poder identificar.

En Pioz transcurrió exactamente un mes hasta que los vecinos de la urbanización La Arboleda hallaron una explicación al porqué de ese hedor insoportable que se había instalado en sus casas y que todavía algunos hoy recuerdan al paso del 594 de la calle Saucés. Entonces, en los albores del crimen, solo acertaban a relacionarlo con el agua estancada en la piscina y con el visible abandono de la vivienda. Sabían que estaba recién alquilada, que el casero vivía en O Porriño, Pontevedra, y que desde el final del verano estaba inmersa en un silencio sepulcral. Pero nadie podía imaginar lo que en realidad encerraba aquel olor.

La noche del 17 de septiembre del 2016, Wilmar y Julián se repartían la ronda. Uno estaba en la garita de entrada; el otro recorría en coche la urbanización y su perímetro. La Arboleda es un lugar tranquilo, rodeado de pinos, olivos

y encinas, que se levantó a principios del 2000 como gran ciudad dormitorio de La Alcarria. Pero la crisis la había dejado a medio gas, ocupada por escasos vecinos residentes y demasiados temporales, de los que pasan allí únicamente sus tiempos de descanso. El resto del año, aquello era un páramo de ladrillo situado a cincuenta y cinco kilómetros de Madrid, veinticinco de Guadalajara y tres de Pioz, el pueblo más cercano. Hasta los malos pasaban de largo. Por eso, Wilmar y Julián no estaban preparados para lo que les iba a deparar una noche en la que el único encargo que habían recibido era el de seguir el rastro de aquel foco nauseabundo.

El 594. Ese era, sin ninguna duda. No había luces, ruido y nadie contestaba al timbre. Si querían avanzar en sus pesquisas, necesitaban el visto bueno del casero. Y lo obtuvieron más rápido de lo previsto, como si al otro lado también estuvieran esperando su llamada. Aun así, Wilmar y Julián no sabían muy bien dónde buscar. El olor que les servía de guía por la parcela apenas los dejaba respirar. A su manera, iban dando palos de ciego. Por la parte de atrás de la casa, en la zona de los contenedores, junto a la piscina, en el garaje... Todas las ventanas estaban cerradas, menos la del salón. Retiraron la mosquitera, alzaron a pulso la persiana y apoyaron la linterna en la repisa para observar el interior. Fue entonces cuando dieron con lo que buscaban. En una esquina, apiladas sobre lo que parecía un líquido viscoso y rodeadas de un reguero de moscas muertas, estaban seis bolsas de basura (*ver página A*).

A las 22:40 horas, según consta en el primer folio del atestado número 78/2016, la patrulla del puesto de la Guardia Civil de Horche iniciaba una inspección ocular tras la alerta dada por dos vigilantes de seguridad de La Arboleda. El lugar elegido, el volumen de las bolsas y ese olor putrefacto que manaba del interior de la casa les hizo sospechar que podía tratarse de algo más. Y a esa hora solo tenían un número al que llamar. Guadalajara celebraba sus fiestas patronales y sus calles olían a la pólvora de los fue-

gos artificiales cuando Óscar Ortigado, médico forense de guardia, atendió la llamada:

—Buenas noches...

—Sí, verá, le llamamos de la Guardia Civil. Hemos encontrado unos huesos y no sabemos si son de humanos o de animales.

—¿Perdona? ¿Cómo que no sabéis? Pues volved a llamar cuando tengáis algo más de información — reclamó. Y colgó.

Cinco minutos después, la llamada es mucho más persuasiva. Viene de arriba, la maquinaria ha seguido su curso. Al otro lado está Fernando de la Fuente, el titular del Juzgado de Instrucción número 1 de Guadalajara:

—¿Te ha llamado la Guardia Civil?

—Sí, pero me dicen que no saben de qué son los restos.

—Sí, ya sí... Son varias bolsas con restos de personas, al menos más de una. Tenemos que ir la comisión judicial entera.

Pasada la medianoche, el ala este de la urbanización La Arboleda se convirtió en la zona cero de una investigación policial a la que asistieron unos pocos vecinos curiosos, con la nariz tapada y el desvelo del trajín policial. Sobre el terreno, un bregado agente de la Policía Judicial tomó la iniciativa. Manolo Rodríguez, con veinte años de experiencia en el Cuerpo y gran parte en el laboratorio de Criminalística, asumió un cometido aquella noche: preservar a toda costa el mayor número de pistas. Todavía desconocía la magnitud del hallazgo, pero en esas bolsas precintadas solo había cabida para el horror. Y a él le tocaba asumir su papel.

Como si todos se deslizaran por una cuadrícula imaginaria, los agentes se movían con minuciosidad, marcando y revisando, pero sin tocar ni retirar nada: ni la manguera sin